
BEATRIZ MIAMI
J. A. Masoliver Ródenas
Barcelona, Anagrama, 1991, 222 pp.

El motivo de la escritura fragmentaria en forma de Diario, fechado entre Febrero de 1988 y febrero de 1989, como si anotaciones puntuales en una agenda se tratara, sirve a Masoliver Ródenas para esconder una prometedora estructura autobiográfica fluctuante entre la realidad personal de su adolescencia en el espacio cultural barcelonés de los años 60 y la ficción de las máscaras que esconde la plasticidad literaria de los personajes que poblaron dicho espacio. Pronto tal posibilidad se ve truncada en el relato por ser víctima el mismo texto de las propias argucias que teje; a más de no perfilarse un sujeto narrativo con perfil propio, las claves de la novela pronto se quiebran, la transgresión indiscriminada de éstas en determinados momentos raya lo ridículo dada su pobreza, desestabiliza las propias reglas que el texto teje en perjuicio del contexto, aferrándose a una compleja maraña de referencias culturalistas que atraviesa todas las épocas y que sin duda Masoliver conoce a la perfección pero que perjudica en múltiples ocasiones el texto por la vaciedad de sentido y pobreza argumental con que las utiliza.

Bajo una aparente escritura de la frivolidad descaradamente obscena que busca la directa provocación del lector –a nuestro juicio, en este sentido, de un modo un poco sutil, barato frecuentemente por objetualizar el cuerpo femenino hasta la saciedad– se esconde una fría y calculada meditación sobre la vida y el hecho cultural de la Barcelona de los 60 (los espacios que imperan son los propios de la llamada ‘escuela o grupo de Barcelona’) alzándose como crítico ácido, despiadado, tanto del sistema político imperante en aquel entonces como del sistema cultural. Por la novela desfilan todos y cada uno de los personajes que hicieron historia y la continúan haciendo



hoy, a veces sus nombres y peripecias en clave simbólica, a veces no tanto pero con indudables guiños irónicos de fina crítica social, política y cultural repartiendo sambenitos a diestro y siniestro; por criticar, ni siquiera la propia crítica literaria de la época, obsoleta y vejatoria, se escapa (“porque en la facultad no se permitía escribir sobre autores todavía vivos e incluso la posibilidad de una buena nota dependía de la antigüedad del autor estudiado” [p. 96]); opresión y represión son reflejadas por la vaciedad de una vida hecha de engaños, en un pueblo subyugado por un régimen paternalista de un personaje recién llegado a la adolescencia. El pronto desengaño con que asoma el protagonista a la vida es narrado con ciertos tonos de desgarramiento humano y desolación existencial, y nada despreciable es en este sentido el final de la novela, donde el narrador alcanza la lucidez más absoluta en un tono de pasmoso pesimismo vital. Novela desigual, pues, con chispazos muy brillantes que asoman puntualmente (en el humor, en los chistes...) conviviendo con otros muy vulgares, duros de digerir (juegos sintácticos simplistas, chistes sin gracia...) jugando su autor a la continuación de la veta malditista de la literatura (Rimbaud es una constante en la novela) llevándola hasta la radicalidad más absoluta, lo cual es de admirar.

En cualquier caso, material para más que una buena novela con un tratamiento menos frívolo sí lo hay en esta muñeca que es, en definitiva, Beatriz Miami (“Beatriz Miami, Mon Amie, Mon Ame, Beatriz, Beatrice, Mai Mia, Mi Ami” [p. 209]).

VIRGILIO TORTOSA

